

DONNA LEON



El fuego purificador

No hay absolución sin sacrificio



Donna Leon

El fuego purificador

Traducción del inglés por Maia Figueroa Evans



Seix Barral



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *A Refiner's Fire*

© 2024 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zurich

All rights reserved

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Simone Mascellari / Unsplash

Primera edición en Colección Booket: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.686-2025

ISBN: 978-84-322-4847-4

Impreso en España

1

Muy al principio, los mensajes de Instagram no ofrecían certezas acerca de las cifras y los participantes tampoco tenían un objetivo específico, pero esa noche se habían puesto de acuerdo en ir a la Fondamenta della Misericordia para que después alguien de Castello se quejase de que les quedaba demasiado lejos y qué tal en Santa Giustina. Luego otra persona había decidido que no merecía la pena perder el tiempo causando problemas en Santa Giustina y que por qué no lo intentaban en la Piazzetta dei Leoncini. Estaba más cerca y allí lo que hiciesen no pasaría inadvertido.

En cuestión de menos de diez minutos, ambos grupos entraron corriendo en la *piazza*: uno desde Calle della Canonica, y el otro desde la Torre dell'Orologio. Chocaron entre sí en silencio, salvo por los gruñidos y el sonido que hacen los puños cuando impactan contra un hombro o una cabeza.

En un abrir y cerrar de ojos se fusionaron en una masa de extremidades en movimiento: se caían, se erguían sobre las rodillas, los derribaban de nuevo, se levantaban a atizarle un puñetazo en el cuello a alguien y luego otro les barría los pies y caían otra vez.

Una de las bandas era más grande de lo habitual: gracias a las cámaras de seguridad, más tarde identificaron a doce personas; seis de ellas no estaban fichadas, pero a las otras seis ya las conocían. La banda rival tenía diez miembros, uno de los cuales cargaba con un trozo de tubería de metal con la que ya había roto un escaparate. Él y dos amigos más se habían llenado los bolsillos de monturas de gafas.

La mala suerte hizo que los cambios de emplazamiento, las disputas cuando ya hubieron decidido el lugar sobre la mejor manera de llegar allí y el deseo general de disfrutar y regocijarse con las expectativas de cometer actos de violencia hizo que llegasen a la Piazza San Marco tres minutos después del cambio de turno de la comisaría de policía que estaba cerca del Caffè Florian. De modo que, cuando desde la comisaría se oyeron los gritos y chillidos que provenían de la Basilica, allí había dos turnos a la vez y fueron cinco los agentes que acudieron atraídos por el ruido.

Dio la casualidad de que en ese momento entraban en la plaza otros dos agentes que estaban de servicio desde las once hasta las cinco de la maña-

na debido a una iniciativa del cuerpo para mantener la seguridad nocturna en la ciudad, así que los chicos, a algunos de los cuales ya incomodaba haberse dado cuenta de que ni las magulladuras ni los puñetazos que propinaban y recibían estaban siendo tan divertidos como jugar al baloncesto, se vieron desarmados e indefensos ante siete agentes de policía.

La cantidad de policías y la imagen de las porras y las pistolas que les colgaban del cinturón mudaron la adrenalina del combate en miedo ante una fuerza mayor. Las armas que llevaba la policía anulaban la ventaja numérica de los jóvenes y reventaron la burbuja de valentía que los arropaba. El más joven de todos se hizo pis encima, otro se cubrió la cara con las manos y se agachó para fingir que no estaba allí, un tercero dio dos pasos y se escondió en una de las *passerelle* que almacenaban allí para cuando había *acqua alta*.

Viendo la inquietud que producía su mera presencia, los agentes endurecieron el gesto, levantaron la voz y obligaron a los chavales a ir hacia la comisaría. No los tocaron en ningún momento, sino que los dirigieron cambiando el tono de voz y dando órdenes de una sola palabra al estilo de los vaqueros. En lugar de boñigas, dos de los chicos fueron dejando un caminito de monturas de gafas, que iban desechando con disimulo.

Macaluso, el sargento que se había quedado en la comisaría y había observado el rodeo desde la

escalinata que subía a la entrada, volvió al interior, sacó unos cuantos formularios del cajón del escritorio y colocó una docena de lápices encima del montón.

Cuando entró el primero, le señaló los papeles y dijo:

—Coge un lápiz y un formulario y rellénalo. Cuando acabes, me lo das.

El menor pidió:

—Por favor, *signore*, ¿puedo hacer una llamada?

Su voz anunciaba lágrimas, pero el agente, que tenía tres hijos, se levantó y le gritó al grupo:

—*Silenzio*.

Cuando dejaron de hablar, añadió:

—No, no podéis hacer ninguna llamada. No hasta que hayáis rellenado la ficha. Después podréis hacer una cada uno.

Vio que uno de los chicos del fondo cogía el móvil y tocaba la pantalla.

—Andolfatto, quítale el móvil —ordenó el sargento, y señaló al joven que tenía el teléfono en la mano.

El agente se acercó al chico y le arrebató el teléfono antes de que este pudiera guardarlo.

—Es mi... —empezó a decir.

Pero el policía que se lo había llevado se volvió y lo miró con tal frialdad que el chico se quedó helado. El agente regresó a la recepción y tiró el móvil encima del mostrador sin ningún cuidado.

Mientras ocurría todo esto, otro chaval tapaba el móvil con la mano y se puso a escribir un mensaje, pero la luz de la pantalla se reflejaba en las gafas del chico que estaba a su lado. El sargento vio un destello y se levantó. El teléfono desapareció. Entonces el sargento se agachó, cogió la papelera que tenía junto al escritorio y la vació en el suelo. Allí cayeron formularios rotos, pañuelos de papel usados, tres o cuatro mapas arrugados de Venecia y seis o siete vasos de cartón que habían contenido café. El sargento miró el interior de la papelera y, tras comprobar que estaba vacía, se acercó a donde estaban los jóvenes.

—Vamos a ver. Prestad atención. Todos. Hay dos que ya han metido la pata; van a pagar justos por pecadores. —Le dio la papelera al chaval que tenía más cerca y se dirigió a todos en voz alta—: Vuestro amigo va a pasar con la papelera para que metáis los teléfonos.

Hubo un grito ahogado y colectivo de sorpresa tras el cual se oyó un «¡Pero...!» cargado de indignación.

El sargento se movió rápido como una serpiente y en menos de un segundo estaba delante de un muchacho de unos catorce o quince años, más alto que él y mucho más musculoso.

—¿Algo que decir, chaval? —le preguntó con tono neutro—. No podías esperar a llamar a papá y a mamá, ¿verdad? Bueno, pues ahora para llamar a casa tendréis que usar mi teléfono, uno a uno.

Se volvió y miró a los chicos que estaban de pie.

—Si esto os supone algún problema, hablad con vuestro amigo.

Y se sentó de nuevo.

El de la papelería se acercó a su mesa y la dejó. Antes de que el sargento se lo pidiera, metió la mano en el bolsillo lateral de la chaqueta, sacó su móvil y lo dejó con cuidado sobre los demás.

—¿Están todos? —le preguntó al chico.

—Sí, señor.

—¿Cuántos?

—Veintidós, señor —dijo, y agachó la cabeza. En voz más baja añadió—: Galvani tenía dos.

El sargento miró al chico que tenía delante y reparó en que este temía que, por algún motivo, lo culpase a él.

El sargento se inclinó sobre la mesa y habló en voz baja para que nadie más lo oyera:

—¿Crees que es esquizofrénico? —le preguntó, y sonrió.

Al ver que el chico no reaccionaba, el policía se lo aclaró:

—Si lo fuera, necesitaría varios móviles, ¿no?

El chico tardó unos instantes en entender lo que había dicho el hombre. Cuando se dio cuenta, intentó no sonreír.

—Sí, señor —respondió.

Antes de que el sargento contestase, se oyó una voz que venía del fondo:

—¡Agente!

—¿Qué?

—¿Hay lavabo?

A continuación hubo alguna risilla burlona, tras las cuales el sargento dijo:

—Si os dijera que está estropeado para todos los que acaban de reírse y que todavía faltan horas para que os vengan a buscar, ¿os haría tanta gracia? —Entonces se volvió hacia el chico que lo había preguntado—. Al final del pasillo, a mano derecha —indicó.

Recogió los formularios que habían rellenado, los puso en orden alfabético y después llamó a los padres de cada uno, se identificó y los informó de que su hijo estaba bajo custodia policial en la comisaría de la Piazza San Marco, que fuesen a recogerlo para llevárselo a casa. Algunos se quedaron aturridos, otros se enfadaron y unos cuantos se asustaron; también los hubo que protestaban, pero todos ellos, ante la negativa de Macaluso a darles más información, accedieron a ir. A esas alturas, los chicos ocupaban todas las sillas y buena parte del suelo. Cuando hubo llamado a todos los padres y los hubo encontrado a todos en casa menos a los de un chico, Macaluso se puso en contacto con la *questura* para pedir que avisasen al *commissario* del turno de noche y después se ocupó de introducir los nombres completos, las fechas de nacimiento y las direcciones de los chicos en el ordenador.

La *commissario* Claudia Griffoni, que esa no-

che estaba de guardia, llegó a la comisaría cuando faltaban once minutos para que diesen las dos. Llevaba pantalones de color beige, unas zapatillas deportivas, una chaqueta de ante del color de los pantalones y una bufanda de cachemira roja en el cuello. El sargento se levantó en cuanto ella llegó, pero no se cuadró.

—Estos son los miembros de las bandas —dijo con tono neutro—. Estaban en la *piazzetta*.

Ella le echó un vistazo al grupo somnoliento.

Dos levantaron la cabeza, miraron a Griffoni y soltaron su versión particular del típico silbido apreciativo.

La *commissario* levantó la vista despacio y los miró a los dos. Entonces se volvió hacia el sargento y dijo con total imparcialidad:

—Artículo 341 bis del *Codice Penale*: insulto a un funcionario público durante el desempeño de sus deberes. Daños a su reputación. Si se comete en público... —En ese momento hizo una pausa y un gesto con el brazo que los incluía a todos— la pena podría llegar a ser de seis meses a tres años.

Griffoni se puso la mano sobre la frente como suele hacerse cuando se quiere ver a mucha distancia con una luz muy intensa.

—Joven —le dijo a uno de los que le habían silbado—, ¿quería decirme algo?

—No.

—¿No? ¿A quién no quería decirle algo? Me

llamo Claudia Griffoni y soy *commissario* de policía de esta ciudad.

El mensaje que Griffoni trataba de transmitirle confundía al joven.

Tras esperar una respuesta y no oír más que silencio, dijo:

—Permítame una pregunta. ¿Cómo se llama?

—Alessandro Berti.

—Entonces, *signor* Berti, ¿cómo me llamo yo?

—Claudia Griffoni.

—¿Es posible que se le olvide algo, *signor* Berti?

Le costó un buen rato aceptar la situación, pero Griffoni tenía toda la noche y estaba dispuesta a esperar.

—*Commissario* Griffoni —dijo él.

Ella esbozó una sonrisa mínima, pero era una sonrisa.

Al cabo de un rato empezaron a llegar los padres a los que habían llamado primero. Griffoni dejó que el sargento examinase sus documentos de identidad, respondiera a sus preguntas y se ocupase del papeleo. El sargento se aseguró de recordarles a todos los chicos que buscasen su móvil en la papelera.

Era ya mucho después de las cuatro cuando los padres de todos, menos los de uno, habían acudido a buscarlos en diferentes estados de incredulidad o indiferencia. A algunas de las madres parecía afectarlas tener que oír lo que habían hecho sus hijos o de qué los podían acusar, pero otras no parecían sorprenderse en absoluto.

Cuando ya solo quedaba uno, Griffoni le entregó el móvil que quedaba y le preguntó si quería volver a llamar a sus padres y después le preguntó el nombre.

—Orlando Monforte, *dottoressa* —respondió el chico, y le dijo que vivía con su padre en Castello. Le mostró el móvil y explicó que su padre apagaba el suyo a las once—. Es imposible que conteste —dijo con tono de disculpa. Miró a su alrededor y le preguntó a Griffoni—: ¿Puedo quedarme aquí, *dottoressa*?

Era pequeño, más bajo que Griffoni, de hombros anchos que parecían estar esperando a que el resto de su cuerpo escuálido hiciera su trabajo y lo volviese tan alto y ancho como debía ser. Tenía los ojos marrones, la nariz corta, las orejas pegadas a la cabeza; habría tenido un aspecto bastante normal de no ser por la mirada, siempre curiosa, siempre rápida. A Griffoni le recordó a su sobrino Antonio.

—¿Quieres dormir en el suelo? —preguntó ella.

—En una silla. Ya no hay peleas por los asientos —dijo el muchacho, y sonrió.

Cuando sonreía parecía más joven, más como un niño y más frágil.

El suyo era el único formulario que quedaba en la mesa del sargento, así que Griffoni se acercó y le echó un vistazo.

—¿La dirección es esta? ¿Castello, 3165?

—Sí, *commissario*.

—¿En Salizada San Francesco, cerca de La Beppa? —le preguntó.

Había nombrado una tienda de lo más profundo de Castello donde vendían herramientas, ropa interior, zapatos, camisas, jerséis y casi cualquier cosa que uno podía necesitar.

—¿Cómo sabe dónde está eso? —preguntó él—. Nosotros somos los únicos que vamos.

—¿Nosotros? —quiso saber ella.

—La gente del vecindario.

Como Griffoni no decía nada, añadió:

—Me ha sorprendido que lo supiera, porque usted no es de ese barrio.

—¿Por qué lo dices?

—Con el debido respeto, *commissario*, con ese acento no puede serlo.

El chico se agachó a atarse los cordones de las zapatillas.

—¿Significa eso que en Venecia solo viven *veneziani*?

—Eso estaría bien, ¿verdad? —dijo con la certeza de que cualquiera a quien se lo preguntase estaría de acuerdo con él.

—Yo vivo aquí y no soy *veneziana*.

Él sonrió de nuevo para prepararla para la broma y dijo:

—Creo que no hacía falta que lo mencionase. —Y un segundo más tarde, añadió—: *Commissario*.

Ella se rio.

—¿Tienes la llave de casa? —preguntó.

—Sí, *dottoressa*.

Griffoni miró al sargento, que estaba ocupado con *Il Gazzettino* del día anterior y no había prestado atención a la charla.

—¿Cree que yo le sirvo *in loco parentis*, sargento?

Este bajó el periódico, la miró a ella, después a él y a ella de nuevo. Al parecer, había decidido que ninguno suponía un riesgo real para el otro.

—Si eso significa que usted lo acompaña a casa, *commissario*, me parece buena idea —dijo. Soltó una mano de *Il Gazzettino* e hizo un gesto para señalar toda la sala—. Este no es lugar para que un joven como él pase la noche.

Griffoni se volvió hacia el chico y le preguntó:

—¿Te parece bien, Orlando?

—Sí, *dottoressa*. Estoy de acuerdo con el sargento: es una buena idea.

Con eso bastó para que saliesen de la oficina a la *piazza*, que estaba vacía a excepción de dos barrederos que iban barriendo el suelo sin prisa.

Griffoni miró el reloj: de algún modo, ya eran las 5.32. Era martes, así que él tenía que ir al instituto.

—¿A qué hora tienes la primera clase?

—A las ocho.

—Entonces te da tiempo de ir a casa. ¿Qué te dirá tu padre cuando entres a estas horas?

Con indiferencia, como si el tema no le interesase, Orlando dijo:

—Todavía estará dormido. —Con la voz empapada de falsa fanfarronería, añadió—: Puedo volver a la hora que quiera.

Ella esperó un poco antes de preguntar con supuesta sorpresa y preocupación:

—¿Y eso te gusta?

Orlando se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se lo consultó a sus pies. Al cabo de poco, llegó a una conclusión, levantó la mirada y contestó:

—No mucho, no. Estaría bien que me prestase más atención.

—¿Y por eso...?

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Orlando había bajado los tres escalones hacia la acera y había girado hacia la derecha. Volvió la vista atrás y le hizo un amplio gesto con el brazo a Griffoni para que lo siguiese.